

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.
PRECIOS
DE LA
SUSCRICION:
UN PESO AL MES EN LA HABANA
y 30 rs. fcs.
POR TRIMESTRES ADELANTADOS
EN EL INTERIOR
FRANCO DE FORTA.



LA REDACCION
y Administracion
RICLA, NUM. 88
A DONDE
DIRIJIRAN
TODAS LAS COMUNICACIONES
y reclamaciones.
EL NUMERO SUELTO SE VENDE
EN LA ADMINISTRACION
A DOS REALES PTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,
AÑO ONCE. DIRECTOR: J. M. VILLER GAS. CARICATURISTA: LANDALUZE.

LOS DEFENSORES DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Hoy toca el turno en esta galería de nuestra creación á un digno Voluntario de la Habana, el Sr. D. José Gener, capitán de la 6ª compañía del 6º batallón de infantería de esta plaza.

El Sr. Gener, oficial distinguido de esa benemérita institución que salvó la causa española en los principios de la insurrección, y ha continuado prestándola inmensos servicios, fué el primero que, al tener noticia de las palabras con que intentó mancillarla el diputado Diaz Quintero en la sesión del 13 de Junio próximo pasado, protestó contra dichas palabras, y en el tono digno, al par que resuelto y calorosamente patriótico con que lo hizo, interpretó tan fielmente los caballerosos sentimientos de todos los buenos españoles, que inauguró esa serie de manifestaciones que de todas partes se reciben en el mismo sentido, y que no podrán menos de producir el resultado con razon apetecido: la expulsion del Congreso del diputado que ha injuriado y calumniado á los servidores de la patria en Cuba.

Recordamos, á propósito de esto, que el Sr. Lopez Ayala cayó del Ministerio por algunas palabras que dijo acerca de las costumbres y principios políticos del pueblo de Cádiz, y eso que el Sr. Lopez Ayala empleando una forma urbana en

GALERIA DEL MORO MUZA.



El Sr. D. José Gener, Capitán de la 6ª Comp. del 6º Batallón de Voluntarios de la Habana.

su ataque, distó mucho de injuriar á dicho pueblo, y, dió una explicacion de todo aquello que pudiera herir la susceptibilidad de los gaditanos. ¿Cómo los Voluntarios de Cuba no han de recibir de las Cortes la reparacion á que tienen derecho? Confiamos en ella.

LA REDACCION DEL MORO MUZA.

LA GENTE DE CORREA.

No; por mas que los pecadores de... *El Universal* y otros escritores *ejusdem furfuris* frunzan el entrecejo cuando se le llama traidores y venales, que es lo mas atroz que de los hombres políticos puede decirse, no creo yo que ellos lleguen á conocer el enojo, el verdadero enojo, siendo todos ellos hombre de correa.

A mí esos galafates me trae á la memoria la frescura de la madre del gran Tacaño, cuando este, huyendo de los que querian pegarle, explicó la causa de la persecucion que sufría. Dijo el pobre muchacho que había roto á otro la cabeza porque le llamó hijo de... ¡pues!, á lo que contestó la madre: ¡y por qué no le preguntaste quién lo había dicho? Entonces Tacaño manifestó que mas de cuatro de los que oyeron el insulto aseguraron que no tenía por qué ofenderse, á lo que replicó la madre, diciendo: pues de todos modos, hijo mío, hiciste bien en pegarle al que me injuriaba, porque esas cosas, aunque sea verdad, no se deben decir.

Así me parece á mí que obra

los desdichados que en Madrid han puesto su lengua ó su pluma al servicio de los enemigos de la patria. Reprueban las cosas que de ellos decimos los buenos españoles, no porque carezcan de verdad esas cosas, sino porque creen que esas cosas, aunque sean verdad, no deben decirse; pero no se enfadan realmente, ni pueden enfadarse, siendo, como son, lo que se llama hombres de *correa*.

Que no sienten lo que dicen, lo prueban los disparates que últimamente soltaron los pecadores de *El Universal* contra el director de EL MORO MUZA, pretextando una equivocación en que de seguro no incurrieron. Lo que sucedió, sin duda, fué que, mirando los laborantes de reojo al que esto escribe, por la severidad con que siempre los ha juzgado, mandarian á los pecadores de *El Universal* escribir las consabidas personalidades, alegando cualquier motivo para ello, y los pobres, teniendo que obedecer á dichos laborantes, á cuyas órdenes no pueden resistir, hicieron lo que se les ordenaba; pero todo sin enfadarse de veras, sin sentirse agraviados, porque, lo repito, es imposible que lleguen á conocer el enojo esos infelices, siendo, como todos lo son, hombres de *correa*.

Sin embargo, tal vez haya quien ponga en duda esta última afirmación; pero, por si es así, voy á contar una historieta, con la cual dejaré demostrado que Diaz Quintero y todos los que forman en Madrid esa anti-patriótica pandilla de calumniadores, cuyo objeto es la desaparición del pabellón de España de este Nuevo Mundo por nuestros padres descubierto, conquistado, poblado, civilizado y cultivado, son... hombres de *correa*.

Era de día, y *sin embargo*,... hacia buen tiempo.

Lectores, ¿por qué he de decir que era de noche, si era de día, y que el tiempo era malo, si no podía ser mejor? Eso de mentir desvergonzadamente, haciendo lo blanco negro y vice-versa, quédase para la gente de *correa*, como la que redacta el *Sun* de Nueva-York, quien sabemos que colgó no ha mucho tiempo á los nobles voluntarios de Remedios una porción de atrocidades que acaban de ser plenamente desmentidas por varios agentes consulares extranjeros, con la imparcialidad que debe esperarse siempre de los hombres honrados.

Era, pues, de día, y *sin embargo*,... lo repito, hacia buen tiempo.

Yo, que en calidad de escritor público, habia sido citado para una reunión que debia tener lugar en la sala de Presupuestos, seccion 7a del palacio del Congreso si no me engaño, luego que salí de la reunión indicada, pasé al café del mismo Congreso, con el fin de tomar un vaso de agua con panales, y allí me ví pronto favorecido con la compañía de varios diputados, antiguos amigos, á quienes no habia visto hacia mucho tiempo.

Contestaba yo á las preguntas que todos me hacian sobre mis viajes y publicaciones, y contestaban ellos á las preguntas que á mí vez les dirigia yo sobre la vida que todos ha-

bian llevado durante mi ausencia de la coronada villa, cuando, señores, oí detrás de mí algunas palabras que me obligaron á volver la cabeza y á refutarlas, para lo cual necesitaba separarme de los amigos con quienes estaba conversando.

Cabalmente uno de estos me hizo en aquel instante una nueva pregunta, á que tuve precisión de contestar acto continuo, lo que me fué muy difícil, por tener distraida la atención, pues mientras yo hablaba, seguía oyendo detrás de mí falsedades de las que exigian inmediato mentís; pero salí del paso, abreviando mi explicación todo lo posible y, despidiéndome al fin de mis amigos, me levanté para dar el necesario mentís á las susodichas falsedades.

¡Oh, sorpresa! Ya era tarde para el mentís, aunque no para desvanecer errores. El que habia dicho tantas falsedades, ya no estaba allí; pero sí estaba el que con grande atención y complacencia las habia escuchado.

Este tambien se preparaba á marcharse; pero yo llegué á tiempo de impedirlo, y suplicándole me oyese lo que tenia que decirle, logré que volviese á tomar asiento.

—Mi amigo, le dije, creo haber oído, desde la próxima mesa, especies disparatadas, y deseo informarle á V. sobre el asunto, porque así lo exige la equidad, porque así lo ordena el patriotismo, y porque siendo V. diputado, podría V. desacreditarse, si algun día pronunciase algun discurso anti-español por haber dado crédito á las mentiras que tan pacientemente acaba de oír.

—Explíquese V., dijo el diputado.

—He oído decir, proseguí yo, que en Cuba.....

Y aquí repetí todo lo que habia oído, que no era sino lo que desde tiempo inmemorial han andado diciendo los filibusteros mas rabinosos sobre la supuesta tiranía española en Cuba, sobre la parcialidad de las autoridades y malas cualidades de los hijos de la Península, y sobre la conducta sanguinaria que estaban observando los voluntarios, despues de lo cual continué:

—Todo eso lo creía yo ántes de ir á Cuba, porque así me lo habían asegurado en Madrid, en París y en Londres muchos de los que hoy se han quitado la careta y entónces se me vendian como buenos españoles, si bien españoles *reformistas*. Pero fui á Cuba, y vi que cuanto allí, ó fuera de allí, se decía contra los gobernantes, contra los magistrados y contra los españoles en general, eran infames y groseras calumnias. Vi tambien que era una solemne impostura eso de que todos los cubanos tenían odio á España, porque los cubanos que honran el país en que nacieron, los que por sus virtudes, posición social y otras circunstancias constituyen lo que puede llamarse la parte sana de la población criolla, están con nosotros, en su inmensa mayoría; son españoles que, lejos de renegar de su origen preclaro, se manifiestan, con razón, orgullosos de su noble

ascendencia, y en cuanto á los Voluntarios todos, tanto insulares como peninsulares, ¿qué mayores pruebas de pacientes y bondadosos han podido dar que las que han dado, aun despues de verse traidoramente atacados desde los carruajes y azoteas?

—Pues ya ve Vd. que *ese sujeto* que me hablaba, me decía todo lo contrario, dijo el diputado.

—Si, repliqué yo; pero en *ese sujeto* obran el *resentimiento* y el interés, por razones de Vd. conocidas, y además, ¿de dónde le ha venido á ese sujeto el liberalismo fogoso que hoy ostenta, y por el cual declama tan patéticamente contra la política de represión que dice que se sigue en Cuba, cuando allí se asesina á nuestros compatriotas al odioso grito de muera España? Vd. sabe bien que mientras Vd. y yo andábamos á salto de mata, ó nos veíamos aprisados por la policía de Narvaez, *ese sujeto* militaba en el partido moderado, y no solo aplaudia las persecuciones de que éramos objeto, sino que estaba dispuesto á votar la perpetua suspensión de las garantías individuales. Ahora, entre lo que dice ese sujeto resentido, y de ideas semi absolutistas no ha mucho tiempo, y lo que digo yo, liberal de siempre, como es público y notorio, elija Vd.

Así terminó la conferencia.

Réstame ahora, lectores, decir que el diputado á quien yo procuré informar de la verdad de lo que pasaba en Cuba, era..... ¡Diaz Quintero! El otro mocito, el que hacia en el café y en el Salon de Conferencias la propaganda anti-española, era..... ¡un tal *Correa*, á quien ya ustedes conocen! Por eso digo que los ayudantes que en Madrid se han echado los laborantes, son hombres de *Correa*. (1).

Séase, pues, que Diaz Quintero no peca de inadvertido. El porqué ese ciudadano se presta mas á oír los consejos anti-patrióticos que los patrióticos, no se me alcanza á mí, pero supongo que á él si, debe alcanzársele, lo mismo que á los pecadores..... veniales iba á llamarlos, pero suprimiré la *i*, porque no parecen *veniales*, aunque tomen la *venia* para escribir, sino *venales*.

Conclusion. La propaganda anti-española en Madrid es activa y se ejerce en todas partes. Tiempo es ya de acabar con esa propaganda por todos los medios legales, incluidos los que pueden poner á prueba el sufrimiento de los hombres de *Correa*.

EL MORO MUZA.

¡FUERA FENOMENOS!

En verdad que esto es casi como gritar: ¡fuera la época que hemos alcanzado! puesto que vivimos en la época de los fenómenos, que así se nombrará en la historia de España el tiempo de los mamibises, de los laborantes, de los pecadores venales, y..... tá-

(1) Lo cual no quiere decir que Correa no sea un agente muy subalterno de otros pajarraeos.

piense ustedes las narices, que voy á decirlo..... ¡de los Díaz Quinteros!!!

Céspedes, es el fenómeno de todos los vicios, incluso el feo, de que debes huir, ¡oh, Timoteo! Quesada es el fenómeno de los pies ligeros y de las uñas largas; Cavada el de la tea, Agramonte el de los animales bipedos que pueden vivir sin tener entrañas, Aguilera el de los devotos de San Trago, &c., &c., &c.

En cuanto á los laborantes, ¿no se diría que llovian fenómenos? Dígalos Aldama, fenómeno de la insensatez; Dígalos Piñero, fenómeno de la presunción; dígalos Mora, fenómeno de la trapisonda; dígalos Bramosio..... ¿Qué hice yo? ¿Nombré á Bramosio, después de haber dicho que llovian fenómenos? ¡Pues ya escampa!

Pero los fenómenos mas raros de nuestra época, no es en la manigua, ni en New-York donde han de observarse, sino en Madrid, capital de las Españas.

Por de pronto, tenemos allí un fenómeno que carece de todo precedente histórico, y es el de los patriotas enemigos de la patria.

En efecto, ciertos individuos, que se dicen ciudadanos, siendo villanos, han tomado la muletilla patriotería con tal furia, que se diría que aspiraban al monopolio del patriotismo, á juzgar por lo que hacen y charlan en días de solemnidad nacional, como el dos de Mayo, y sin embargo, algunos de esos patriotas son los mas infames, los mas viles, los mas monstruosos, ya que no los mas temibles enemigos de la patria.

El fenómeno político que tales entes ofrecen no ha tenido ejemplo en la tierra, ni partiendo del principio de la libertad, ni apoyándose en la idea democrática, dos cosas, la democracia y el liberalismo, que el vulgo suele confundir, como confunde Aguilera la ginebra con la sangre; de donde resulta que el citado *libertador*, creyendo ser bebedor de sangre, se ha hecho un bebedor de ginebra verdaderamente fenomenal.

Porque, lectores, no quiero hablar de los romanos que decían *hospes hostis*, mirando como enemigo á todo extranjero, ni de otros pueblos antiguos que, en punto á patriotismo intolerante, nada tenían que echar en cara á los romanos. Hablaré de los liberales y demócratas modernos, para probar que solo en nuestro país y en la época de los fenómenos, podían presentarse ciertos individuos, de esos que se llaman ciudadanos, siendo villanos, á invocar el principio de la fraternidad universal, tomando el rábano por las hojas.

¿Se les ocurrió jamás á los mismos jacobinos franceses predicar la desmembración de la patria? Al contrario, lo que hicieron fué exterminar á los girondinos, porque estos tendían, no á la desmembración de su país, sino solo al planteamiento del sistema federal, que miraban ellos como sistema relajador de los vínculos nacionales.

En la actualidad hay demócratas republicanos en Francia, que se han distinguido tanto por la exageración de sus opiniones

políticas, cuanto por su odio personal á Napoleón III. Pues bien, estoy yo seguro de que el mismo Víctor Hugo; ¡qué Víctor Hugo! el mismo Rochefort; ¡qué Rochefort! el mismo Félix Pyat, aun sabiendo que de vencer los prusianos á los franceses podría resultar la caída de Napoleón, desearán que los franceses venzan á los prusianos; como no habrá un solo demócrata en la Alemania del Norte que quiera deber la caída de la política de Bismark á la humillación de sus compatriotas.

¿Qué mas, lectores? Allí están Mazzini y Garibaldi. Es decir, Garibaldi y Mazzini, no están allí, pero donde quiera que estén, harán lo que han hecho toda su vida, que es trabajar por la *unidad italiana*, y en verdad, esos revolucionarios podrán haber hecho cosas extravagantes; pero no son bobos de los que tiran piedras á su tejado, como los que en Madrid creen seguir el precepto de la fraternidad, separándose de sus verdaderos hermanos y uniéndose á los que reniegan hasta de sus padres.

Esto en cuanto á los demócratas furibundos. Respecto á los pueblos donde la libertad se practica, ¿se ha visto nunca que esa libertad dé á nadie derecho para ser impunemente traidor ó cómplice de los traidores? ¿No aprisionó la Inglaterra al gran orador O'Connell, cuando este célebre diputado irlandés se desmandó un poco en sus discursos *autonomistas*, y eso, sin haber llegado á tomar el carácter de guerra civil la agitación producida por los citados discursos?

A esto dirán los escritores y oradores que en Madrid trabajan á favor de los rebeldes cubanos, que ellos nada tienen que ver con los ingleses; pero bien prueban lo contrario, porque *ingleses suyos son los laborantes* en cuyo obsequio trabajan, y por consiguiente, hartos tienen que ver con los ingleses los muy fenómenos.

¿Y qué diremos de los *yankees*? ¿Toleraron estos hombres, cuyo liberalismo no se puede poner en duda, que se abogase en el Norte por la causa del Sur durante la guerra de los cinco años? Verdad es que algunos periodistas pudieron mostrar sus simpatías por los rebeldes; pero tambien les fué dado á los tales periodistas ir á residir por algun tiempo en las prisiones, donde los encerraba el ministro de la guerra, Mr. Stanton, y si á ese ó parecido precio quieren nuestros traidores lucirse, corrientes.

Cumplan con su deber, es decir, *paguen* con sus artículos ó discursos lo que han *cobrado* por escribir los primeros ó pronunciar los últimos; vengan luego por cinco ó seis años á empedrar ó barrer las calles de la Habana, con el grillete de cajón, digo no, de hierro, que es lo menos que se debe dar á los traidores á la patria, y vuelvan á escribir y hablar, esperando la misma recompensa, en cuyo caso todos quedaremos conformes.

Moraleja.

El Moro Muza indicó hace tiempo la ra-

zon y derecho que habia para castigar legalmente á los laborantes de la Península, y con gusto ha visto después corroborada su opinion por órganos tan autorizados como el *Diario de la Marina* y *La Voz de Cuba*, y por persona tan competentes en estas materias como su antiguo amigo el Sr. Ferrer de Couto. Manos, pues, á la obra; pero, de qué modo?

El Sr. Ferrer de Couto propone el nombramiento de una comisión de Voluntarios que debe ir á Madrid á defender al benemérito cuerpo á que pertenecen, y me gusta la idea; pero yo pregunto, ¿no se van á verificar pronto las elecciones de diputados en Cuba? ¿Y no es natural que sean Voluntarios, en su inmensa mayoría, sino todos, los ciudadanos españoles que merezcan la honra de representar á esta provincia en las Cortes? Pues, ¿qué mejor comisión que la de los diputados?

Me ocurre esta observación, porque, señores, los comisionados de Cuba que no tuvieron asiento en el Congreso, aunque pudieran citar ante los tribunales á los periodistas calumniadores, no podrían contestar inmediatamente y con la autoridad de su representación en el Congreso á los discursos de los oradores del calibre de Díaz Quintero, mientras que, siendo diputados, ninguna liza les estaría vedada para combatir á los laborantes y sus cómplices.

Tal, en efecto, debe ser la tarea de los diputados de Cuba. Velar en el Congreso y fuera de él por los intereses de esta provincia; ilustrar la opinion, que está bien extraviada por allá, con respecto á todo lo que pasa en las Antillas; oponerse á toda medida política ó económica que pueda traernos perturbaciones con sus naturales consecuencias; hacer escribir cuantas palabras se pronuncien en ofensa de los dignos españoles que aquí defienden la integridad del territorio, exigiendo la expulsión del Congreso de todo diputado que profiera esas palabras y no las retire; interpelar al gobierno con el Código Penal en la mano, cada vez que la prensa periódica incurra en el delito de alta traición y no sea enérgicamente perseguida por el ministerio fiscal, y todo esto sin perjuicio de contestar en los periódicos á los propaladores de mentiras, ó de proceder criminalmente contra ellos, cuando las tales mentiras lo requieran.

¿Están ustedes conformes? A mí me parece que así se acabará pronto la impunidad que los fenómenos están gozando, y como esos fenómenos, solo respirando el ambiente de la impunidad puedan vivir, en poco tiempo se podrá gritar, tanto en las maniguas de Cuba como en las principales ciudades de la Península: ¡Ya no hay fenómenos! ¡Ya no hay fenómenos!

AMURATES.

LA CUESTION DE EUROPA.



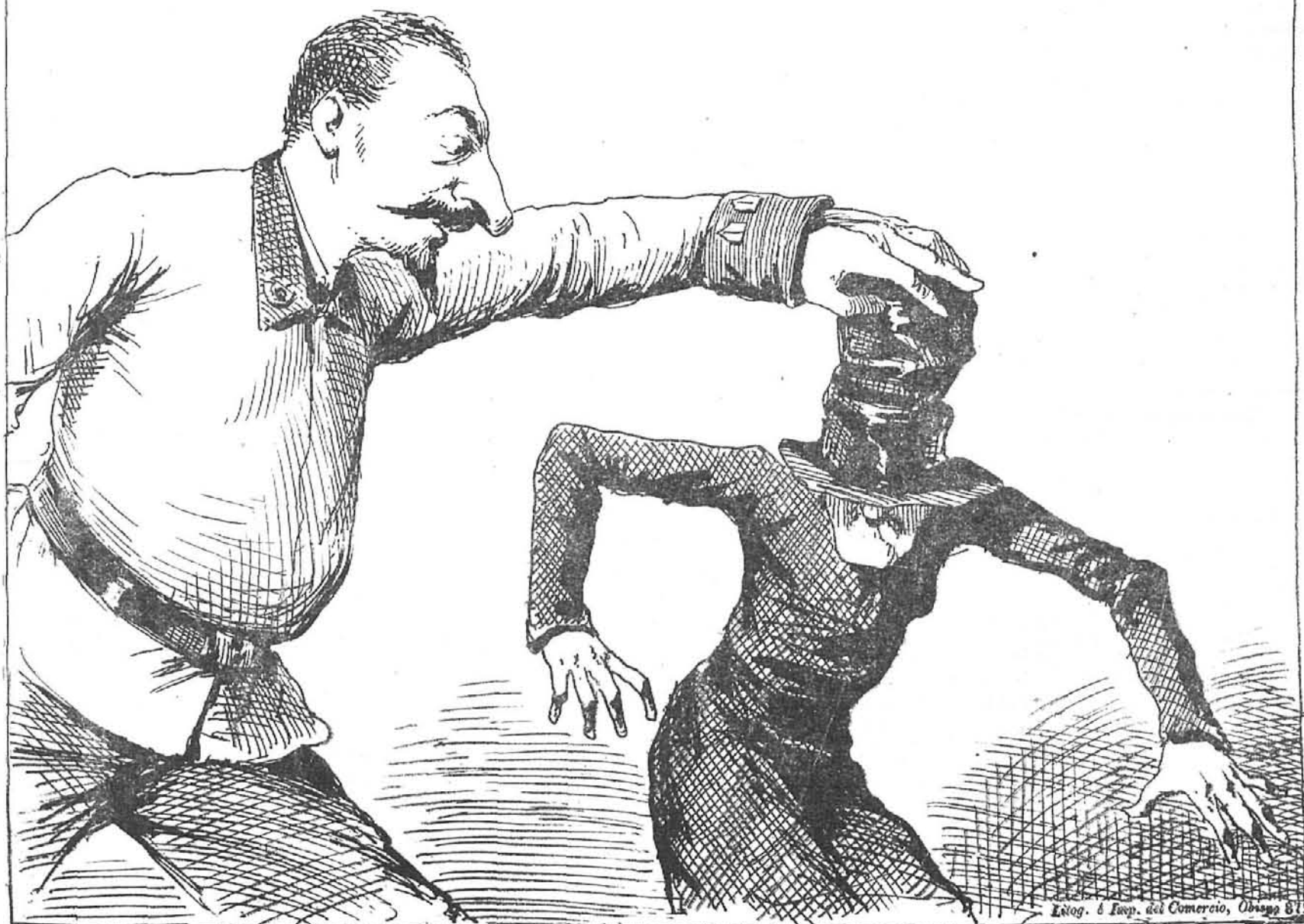
Lo que quiere la Prusia.



Lo que quiere la Francia.



Aria de *La Calumnia*, cantada por el Sr. Diaz Quintero y coros de Jorros, Correas y Asqueritos.



Mi protesta.

LA DESGRACIA.

I.

Empezaré copiando un bello y elocuente párrafo del ilustre escritor francés Mr. Jules Janin, que servirá como de tema y sumario á las desaliñadas líneas de este pobre artículo.

«Vosotras,—dice á las damas parisienses, pagáis muy caro el ir á ver tragedias llenas de exageraciones, ejecutadas en verso, por buenos ó malos actores: el dinero que gastais sin placer, por lo que llamais *vuestros placeres*, deberiais llevarlo allá arriba, cerca del cielo, bajo los techos donde el estio es abrasador, y donde en el invierno, se tiembla de frio; en esas alturas dolorosas, Dios solo sabe cuántos dramas crueles podriais encontrar! Dios sabe si enjugariais lágrimas verdaderas! En esos sitios, visitados por vosotras, os sentiriais bendecidas, amadas y alabadas, desde el fondo de los corazones lacerados: las lágrimas que virtierais serian muy dulces.»

¿Por qué vais, pues, á vuestras fiestas, á vuestros espectáculos, á vuestras exposiciones, á vuestras matanzas? Allí verteis lágrimas estériles, sobre bohardillas de tela pintada y compadeciendo el corazón desgarrado de una mujer que despues cenará perfecta y alegremente: allí la orquesta es la que agita vuestros nervios, y las ficciones las que exaltan vuestra imaginación. Id á buscar las desgracias verdaderas, y por la noche en lugar de soñar con tiranos de melodramas, armados de puñales y de copas llenas de veneno, *soñareis con las desgracias que habeis socorrido*; vereis á la madre de familia, cuyo hijo habeis salvado, y oireis las bendiciones del anciano. ¡Hé aquí los dramas que traen paz al alma, y á la noche sueños dulces y consoladores!

Este predicador mundano y elegante, ha encontrado, observando lo que pasa en derredor suyo, los acentos puros y nobles de la verdad, y nada mejor podemos hacer las mujeres que seguir su consejo.

No es la desgracia que se ostenta la mas digna de compasion y de lástima: es la que se oculta, la que se avergüenza de sí misma; es la que vive bajo las apariencias de la decencia, la que está valerosamente combatida por la dignidad.

¡Cuántas y cuán diversas frases tiene la desgracia! Desde la escasez, donde empieza la pobreza, que es un triste adelanto, y la miseria que es su último grado, la desgracia se presenta á nuestros ojos mil veces al dia, pasa al lado nuestro, nos implora, y nos tiende la mano á cada instante, sin que nos apercibamos ó queramos apercibirnos de su presencia.

II.

Habia, segun me ha contado una anciana amiga mia, una mujer, tan dichosa, al parecer, que todos la envidiaban; tenia una fortuna mas que regular, un esposo que la adoraba, hijos hermosos y llenos de promesas, amigos fieles y cariñosos: sin embargo de todo esto, se tenia algunas veces por desgraciada; el alma, como el cuerpo, tiene sus

desfallecimientos, y á veces se fatiga acaso por el mismo exceso de su tranquilidad.

Aquella mujer, jóven, hermosa, rica, querida y estimada de todos, era infeliz, y entrando en el fondo de su deseo, nada hallaba que desear.

En la misma ciudad habia otra mujer de edad madura, que iba vestida con excesiva modestia, de aspecto dulce, respetable y reservado: esta persona era maestra de escribir, y pasaba su vida ya en dar lecciones á los niños, ya en copiar documentos para los comerciantes y oficinas; la tranquilidad y la dicha resplandecian en su frente, y no obstante, jamás se habia casado y vivia sola en el mundo.

La Sra. M..., que así se llamaba la dama que se tenia por tan desgraciada, la llamó para que diese lección á sus hijos, niños de corta edad; y preguntándole un dia, supo por fin, el secreto de la felicidad de aquella humilde criatura.

—He vivido siempre para los otros y jamás para mí, le dijo: el *yo mismo* es el enemigo mas formidable de toda dicha. Muy jóven aun, quedé sin padre y sin otro talento que una bonita letra: procuré utilizarla y busqué algunas lecciones que dar; mi madre, anciana y enferma, necesitaba de mí, y esto me daba valor, enviándome Dios como supremo consuelo, la esperanza: daba lecciones durante el dia; por la noche copiaba manuscritos; tenia ademas nociones de dibujo: procuré perfeccionarlas, y traté de copiar algunas flores y grabados que se vendian bastante bien.

De repente, mi hermana mayor, viuda y madre de cuatro niños, murió, y los cuatro huerfanitos quedaron sin amparo: ¿qué hacer? Los traje conmigo, y la pluma corrió mas de prisa sobre el papel. Dios, que es el padre de todos, reprodujo el milagro del pan y los peces con nosotros: mi pluma dió para todo durante quince años: mi anciana madre murió sin que le faltase nada, y yo ya no tuve la dicha de trabajar para ella: pero pocos instantes antes de cerrar los ojos me dijo:

—Hija mia, en el mundo, he sido una carga bien penosa para tí: pero ahora en el cielo te pagaré mi deuda, y rogaré á Dios que recompense tus virtudes: hija mia, yo te lo aseguro: nada te faltará.

Mi madre murió: yo eduqué á mis huerfanitos con todo el amor y cuidado posibles; los niños aprendieron una linda letra y los coloqué bastante bien en el comercio: la niña aprendió el lindo y aseado oficio de modista.

Cuando ya no tuve que trabajar mas que para mí, me puse bien triste..... Esto era una desgracia, pues toda mi vida la habia dedicado al bien de los otros: mas bien sabido es que nunca faltan pobres: doy lecciones á los niños pobres de mi barrio, hijos de honrados artesanos, y ademas, con lo que gano, dando otras lecciones y haciendo copias, les regalo de vez en cuando, ya un vestido, ya una camita, ya ropa blanca, que yo misma coso en mis ratos de ocio: todos me

quieren, yo quiero á todos y soy dichosa.

La Sra. de M... oyó casi avergonzada la historia de aquella noble criatura, diciéndose que la desventura puede salir del seno de la felicidad, y que la dicha mas pura puede salir del seno de la desgracia.

III.

Las mas brillantes posiciones ocultan á veces desgracias terribles.

El desaliento del corazón, lacerado por mil amargos desengaños, el enfriamiento del alma, producido por decepciones en los afectos: la saciedad que lleva consigo la riqueza, y el abuso de todos los goces frívolos, estas cosas reunidas, y aun cada una de por sí, producen un malestar, una angustia moral, una falta de fé, que constituyen la mas horrible de las desgracias.

No amar á nadie, no esperar nada, es tan triste, que valiera mas morir!

Así, pues, aquella de vosotras, mis amadas lectoras, que halle en su camino una persona atea, en fuerza de sufrir, que se dedique á consolarla, á endulzar su amargura, á reanimar su fé y su esperanza, y hará una obra tan meritoria como dando pan á un infeliz pordiosero, porque la miseria del alma no es menos dolorosa que la del cuerpo.

Solo aliviando la desgracia podemos hallar la felicidad: busquémosla por todas partes, y cuando la hallemos en nuestro camino, socorramosla con todas las fuerzas de nuestra voluntad y de nuestro ingenio, privándonos de algo superfluo, para dar á los desdichados lo necesario.

ZORAIDA.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

NOVELA QUE NO ES CULPA DE SU AUTOR, SI TIENE ALGO DE SENTIMENTAL.

CAPÍTULO SESTO.

(CONTINUA.)

¡Cuánto debió llorar Adela en aquellos dias.....! Pero *nñas habria llorado si habiera podido comprender que su mal manejo habia sido la causa de aquel funesto desenlace.....* Incapaz de fingimiento; adivinándose todas las sensaciones de su alma al través de su peregrino rostro, se habia presentado ante Ernesto libre de toda ficción; y fiada solamente en su amor y en el sacrificio de su virtud hecho á aquel hombre, creia que con esto solamente tenia derecho á su consideración y cariño, sin comprender, la infeliz, que en ciertas circunstancias de la vida, la franqueza es una grave falta, y que quien mas doblez y engaño pone en juego, es el que suele salir mejor librado. Pero ¿qué sabia de todo esto aquel sencillo y tierno corazón? Habia amado por la vez primera, y llena su alma entera de aquel amor, se abandonó completamente á él, y creyó que, como el suyo, seria eterno el de su amante. Vana ilusión; tan engañosa como otras mil que la habian acariciado durante sus relaciones con Ernesto.

Por espacio de muchos dias no se la vió en el teatro. Ernesto habia acudido á él solo por verla desde su butaca, aunque sin pen-

ser entrar en la escena; pero no lo pudo conseguir. Adela estaba enferma, Adela se moría. La pobre vieja que la cuidaba y que le había servido de madre, comprendiendo la verdad, se reprendía su abandono con aquella niña, y maldecía al fementido que la había engañado.

Por fin, la naturaleza pudo mas que todo, y Adela recuperó la salud y con ella el sentimiento de su desgracia; pero firme en el propósito de *casarse, sin otra mira que la de dar en ojos á Ernesto*, y sin hacerse cargo de que tal vez iba á causar la desgracia de otro hombre. Tan cierto es que un mal paso es ocasionado muchas veces á otros peores.

Indignada con el mal proceder de su antiguo amante; queriendo cumplir lo que ella había dado en llamar su venganza, y no teniendo otro pretendiente á la mano, miró con lánguidos ojos á D. Ambrosio y lanzó un suspiro al pasar una tarde por su lado; pero este esfuerzo de fingimiento le destrozó el corazón, y concentrándose en sí misma comprendió que no servía para el caso.

D. Ambrosio, que notaba hacia algunos días que el viento le era favorable, se dejó llevar al principio por aquella deidad á quien había amado tanto tiempo en silencio, y creyó llegado el feliz momento en que le serían remunerados sus tormentos; pero D. Ambrosio, bajo aquella tosca corteza que hacia tenerle por un hombre vulgar, ocultaba un fondo de suspicacia nada comun, además de tener un noble y bello corazón. Dando vueltas á su imaginación, y buscando la causa de aquel cambio tan repentino en el modo de proceder de Adela, vino á tropezar con el paseo aquel en el que la había visto sola con Ernesto, cuando él llevaba la gorra de hule que á ella le hizo prorumpir en una exclamación de enojo. Y como cuando empiezan á despertarse los recuerdos, se suceden en nuestra imaginación con una rapidez extraordinaria; del paseo fué á dar al día en que la había visto salir de casa de su amante. Este recuerdo le hirió el corazón; y resuelto á no dejarse engañar, apesar de su pasión, y resuelto al mismo tiempo á inquirir la verdad en lo concerniente á las relaciones de Adela con Ernesto, comprendió que debía andar como sobre áscuas, en un asunto que, si bien halagaba su pasión, podía también lastimar su honra.

D. Ambrosio no era el mismo hombre que conocimos al principio de nuestra historia; acababa de heredar á un tío suyo, y ya no usaba aquellas gorras ni aquellos sombreros que tan en peligro pusieron su cabeza. Vestía con bastante elegancia, y á fú que no le sentaba mal lo que se ponía.

Amaba de veras y con toda su alma á Adela; pero sin saber darse cuenta de ello, había en el fondo de su pasión un tinte tal de pureza, un interés tan tierno por aquella criatura que tan joven y tan sencilla había sido lanzada por Ernesto hácia un precipicio donde, si no había caído, se hallaba muy próxima á caer, que se decidió á salvarla, si aun era tiempo, y hacerla feliz, aun á costa de su misma felicidad.

Su honradez y nobles sentimientos se sublevaban contra el Vizconde, no porque Adela lo amara, sino porque no lo consideraba digno de aquel amor, cuando tan villanamente había abusado de él. Así es que formó su plan en favor de aquella criatura, y se propuso ser el Ángel de su salvación. Esto era precisamente lo que Adela necesitaba; un corazón recto y honrado que la protegiera, si no, su perdición era segura. Tal vez se lo proporcionaba la Providencia, apiadada de su mucho amor y de sus muchas lágrimas.

Ella, entretanto, había vuelto al teatro, donde fué recibida por el público con mas entusiasmo aun del que antes había sentido por ella. La infeliz padecía horriblemente al presentarse en la escena y le lastimaban aquellos aplausos que hubiera trocado por una sola palabra de Ernesto; y sin embargo, Ernesto la miraba, recostado todas las noches en su butaca no perdía ninguno de los encantadores movimientos de Adela, y enloquecía cuando era aplaudida, llegando casi á tener celos de aquellos aplausos; pero luchaba con sus deseos de entrar en la escena por temor á sí mismo y á una repulsa de Adela. Además, ¿de qué le serviría volver á anudar sus relaciones? Ella no las admitiría sino dándole su mano, y esto se le hacia á él muy duro, si bien comprendía que era el único medio decoroso de salir de aquella situación.

Adela observaba á hurtadillas que él la miraba; pero aquellas miradas no la satisfacían y trató de no hacer caso de ellas, mostrándose indiferente. Con una fuerza de voluntad que no era de esperar en sus pocos años, se dominó hasta el extremo de aparecer en la escena tan indiferente, como si él no hubiera estado contemplándola. Cuando se retiraba de ella, un raudal de lágrimas se escapaba de sus hermosos ojos. ¡Pobre Adela! hemos dicho. ¡Infeliz Adela! repetimos. Ernesto estaba en una de aquellas situaciones en que una palabra, un movimiento dirigido á él, lo hubiera hecho caer á los pies de ella loco de amor. ¡Si ella lo hubiera podido comprender.....!

D. Ambrosio entretanto oculto en un rincón de un palco, era espectador interesado en aquella lucha de sentimientos, y conocía las emociones que los dos sentían.

CAPÍTULO SETIMO.

UNA VISITA PROVECHOSA.

Había transcurrido un mes mas, sin que variasen en nada los personajes de nuestra historia.

Adela bailaba en el teatro con la sonrisa en los labios, y lloraba en su casa pensando en Ernesto.

Ernesto la miraba con avidez en el teatro, y en su casa reñía á los criados, dándose á todos los diablos y sin saber qué partido tomar.

D. Ambrosio observaba á los dos en el teatro y despues rondaba la casa de Adela, confeccionando un plan cuyos resultados no se atrevía á prever.

Decidido, por fin, un día á dar el primer paso, se encaminó á casa de Adela y llamó á la puerta. La pobre vieja, única compañera en su soledad, fué la que abrió la puerta. D. Ambrosio la suplicó tuviera la bondad de anunciarlo á su señorita, y á poco rato fué introducido en un pequeño gabinete amueblado con elegancia y sencillez.

Adela se hallaba medio recostada en un sofá, y su excesiva palidez la hacia aun mas interesante. D. Ambrosio la contempló un breve rato en silencio; despues de terminados los cumplimientos de fórmula, tomó asiento cerca de ella y dijo, con la voz un tanto alterada por la emoción:

—Extrañareis mi visita, ¿no es verdad, Señorita?

—No, caballero, la esperaba.

Esta contestación sorprendió á D. Ambrosio, que continuó:

—¿La esperabais, decís? ¿Podré saber el por qué.....?

—Hace mucho tiempo he observado que me hacíais el obsequio de mirarme con algun interés, y si bien al principio he tratado de ridiculizaros, por lo cual os pido mil perdones, como de algunos días á esta parte ha variado de una manera algo notable mi proceder para con vos, nada tiene de extraño que os haya hecho creer con derecho á visitarme.

—Señorita, muy lejos de mí la idea de ofenderos y mucho menos de creerme con derecho á nada, cuando se trata de vos: había tomado una resolución y venia á cumplirla; verdad es que lo que acabais de decirme me embrolla de tal manera que no sé por donde empezar, pero no importa, firme en mi propósito, lo llevaré á cabo de cualquier modo que sea, y tal vez llegareis á convenceros algun día de que soy un hombre honrado, que solo desea vuestra felicidad.

Adela lo miró con detenimiento, y al observar aquella fisonomía franca y leal, sintió que su alma se abría á una esperanza y á un remordimiento. De la esperanza no sabia darse cuenta: el remordimiento era por el mal que había tratado de causar á aquel hombre, haciéndolo juguete de su venganza.

Por su parte, don Ambrosio se encontraba desconocido, nunca había creído poderse expresar de aquel modo delante de una mujer; y sin embargo, sentíase con fuerzas para seguir adelante hasta coronar su empezada tarea. Tan cierto es que el hombre puede excederse á sí mismo, por muy tosco que sea, cuando se apodera de él la idea de hacer bien. Aproximándose mas á Adela, dijo:

—Señorita, voy á hablaros con toda la franqueza de un hombre honrado, que no tiene que echarse en cara la mas pequeña falta. ¿Podré esperar que me contesteis de la misma manera?

—Caballero, no sé si debo.....

—Nada temais, lo sé todo, ó al menos, creo adivinarlo; pero para podernos entender con mas facilidad, y para llevar á cabo el plan que me he trazado, y del cual depende tal vez vuestra felicidad, es necesario que vuestra franqueza corresponda á la mía.

—Hablad, caballero, os escucharé y os contestaré con la franqueza que deseáis.

(Continuara.)

CIDE HAMETE BENENGELI.

FELICITACION

QUE SE DICE QUE D. MANUEL QUESADA HA DIRIGIDO AL DIPUTADO DIAZ QUINTERO.

Compañero..... y me parece
Que así titularle puedo;
Pues bien de probar acabas
Que eres ya mi compañero.
¿Me rechazará, acaso?
Pues no se quién, vive el cielo.
En nuestro compañerismo
Saldrá ganando ó perdiendo.
Porque, si por mi conducta
El anatema merezco
De todas las ilustradas
Naciones del universo:
La tuya, que ser debiera
De hombres honrados modelo.
Es tal, que hasta yo la otorgo
Mi soberano desprecio.
¿Por ser Quintero te enorgues?
Pues no soy yo mucho menos.
Y así, no encuentro motivos
Para verte tan soberbio;
Porque Cuatrero probado.
Soy yo, buen amigo, y creo,
Que hoy no es grande la distancia
Que hay del Cuatrero al Quintero.
Yo siempre de manos pueras
He vivido, lo confieso,
Y, hablando de porquerías.....
No es floja la que tú has hecho.
Porque, en fin, que yo y los otros
Antiguos filibusteros
Nos diésemos al demonio,
Por nuestros crímenes viejos,
Se comprende, amigo mío;
Mas tú, merecido habiendo,
Por billa ó por carambola,
Representar á un gran pueblo:
¿Qué interés, como te dicea
Con razón los de Cienfuegos,
Turiste al mostrarte indigno
De sentarte en el Congreso?
Yo me alegro, francamente,
¿Y sabes por qué me alegro?
Porque, con tu apostasia,
Ya, como español, has muerto.
A todos tus compatriotas
Sañuda tirria profeso,
Tanto, que en un solo día
Hice matar á seiscientos;
Y murais de una manera
O de otra, nada apetezco
Tanto como que del mundo
Vayais desapareciendo.
Te engañas, pues, si presumes
Que tu traición agradezco,
Y que mis dignos compinches
Tengan otros sentimientos;
Todos hemos renegado
De nuestros nobles abuelos,
Todos damos maldiciones
A la sangre que tenemos;
Y aunque la ayuda aceptamos
Que nos presta algún ibero,
Porque agarrarnos es fuerza,
Náufragos, á un clavo ardiendo:
Al que mas nos favorece
Con su voto, ó con su acero,
Es al que con mas encono
Miramos y aborrecemos.
¿Cómo, pues, di, de los malos
Hoy al servicio te has puesto,
Mereciendo la rechiffa
De los malos y los buenos?
¿Has perdido la elabeta?
¿Ganas así tu sustento?
Como quiera, tus favores,
Desprecian-los, acepto;
Tanto mas, cuanto, mi amigo,
En ti las mañas observo
De que, al hacer guerra á España,
Yo y los míos nos valemos.
¿Qué quieres? Somos cobardes
Los mambises ó insurrectos,
Y en buena lid, cada palo
Llevamos que canta el credo.
Y pues con las armas nobles
En vano triunfar queremos,
A las viles acudimos,
Para salir del aprieto.
La mentira, la impostura,
La calumnia y el denuesto
Son las armas que esgrimimos

Los que vencidos nós vemos:
Y veo que de esas armas
Conoces bien el manejo,
Cuando echas mano al insulto,
Sin pizca de fundamento.
Sigue por ese camino.
Nuevo amigo, sin recelo,
Aunque la opinion te llame
Difamador y embustero:
Miente, infente cuanto puedas,
Calumnia, calumnia recio;
Apura el vocabulario
Del embusto y del dieterio;
Pues si con tus disparates,
Agregados á los nuestros,
No conquistamos á Cuba,
Siquiera nos vengaremos.
No te pares en peñillos,
Que yo ayudarte prometo,
Aunque español has nacido,
Lo que me erispa los nervios;
Y manda, Quintero, manda,
Y cuenta con el afecto
De este que besa tus manos,
(Cortadas verlas queriendo.)
Como que hoy es tu segundo,
Pues sin duda debo serlo
De un Quintero de tu estofa.....
Quien te anda cerca

EL CUATRERO.

MISCELANEA.

Las salidas de tono con que los señores Vergez y Triay, dignos amigos del gerente de la *Propaganda Literaria*, han contestado á las preguntas que en buena forma les dirigió El Moro en su último número, prueban que solo dos cosas les han faltado á dichos señores para quedar con lucimiento en la cuestion de que se trataba, siendo la primera de dichas cosas tener razon, y la segunda saber discutir.

El Moro está hoy para entrar en prensa y su director no puede decir todo lo que se le ocurre sobre la contestacion que le han dado los Sres. Vergez y Triay, dignos amigos del gerente de la *Propaganda Literaria*; pero lo hará en el próximo domingo, sin acudir á las salidas de tono, que son..... el recurso de los que solo necesitan tener razon y saber discutir para lucirse, y desde dicho día empezará á copiar los párrafos que dedicaba á la cuestion de Cuba cuando en Madrid publicaba un periódico republicano, noticia fresca que con general asombro han dado á los habaneros los Sres. Vergez y Triay, dignos amigos del gerente de la *Propaganda Literaria*.

Por dichos párrafos se verá que Villergas, siempre español entusiasta, puede vanagloriarse de haber influido en Madrid tanto como el que mas, para que la Península mirase con interés los asuntos de Cuba, y para que enviase los refuerzos con que debía restablecerse la paz en esta provincia española. Tengamos así entendido los Sres. Vergez y Triay, dignos amigos del gerente de la *Propaganda Literaria*.

Nuestro estimado amigo el Sr. D. Francisco Duran y Cuervo, que se halla actualmente en Madrid, ha probado una vez mas que merece vestir el honroso uniforme de Voluntario de Cuba, tratando de loco á Quintero, tan pronto como supo los disparates que este pobre diablo acababa de ensartar en las Cortes. ¡Bien por Duran! y ¡Duro á Quintero! ó por mejor decir ¡fuerte á Quintero.

Que fuerte acendrir es la segura
Para mostrarse rígido y severo;
Pues duro dar, al que salió perjuro.....
Eso quisiera el infeliz Quintero,
Que se le diera duro sobre duro.

Y como hay distintos modos de dar, damos las gracias al buen vecino de Bemba que, segun lo que ha escrito á *La Voz de*

Cuba, tan favorable juicio ha formado de la poesia burlesca que en la semana anterior dedicó El Moro al desdichado Diaz Quintero. En efecto, si por el sitio en que se ha ofendido á los Voluntarios de Cuba, el hecho tiene grande importancia, por la persona que infirió la ofensa, el desprecio y el ridiculo era lo que convenia.

Bien, lectores, que, en sustancia,
¿Qué hacemos con ese nene?
Sin mas que darle importancia
Probamos que no la tiene.
Pues si importancia tuviera,
Ninguna falta le haria
Que importancia se le diera.
Y nadie se la daria.
Y aun dándosela, guardarla
Creo que no ha de saber;
Pues él hará por soltarla.
No pudiéndola tener.

El telégrafo dice que Francia é Italia han firmado un tratado por el cual la primera pagará á la segunda sesenta millones (de francos probablemente) y Roma será la capital de Italia.

Pues, señores, no hace mas un padre por un hijo que lo que Francia hará por Italia si la entrega Roma con sesenta millones de francos encima. Esto se llama miel sobre hojuelas, y es cuanto el Rey de Italia podia desear, no ya para ponerse las botas, sino para ir á gusto en el machito. ¡Sesenta millones! ¡Vive Dios!

Cuando de montar acabe,
Y vaya en paz caminando,
No dirá, porque no cabe
Decir: «¿Cuanto voy ganando?»
Supuesto que ya lo sabe.

Dirá que no esperaba él tantos obsequios, y no irá descaminado..... si no se aparta de su camino.

Para acabar con la perniciosa influencia de D. Tello y Compañía desea El Moro MUZA que llegue la época en que los diputados de Cuba han de herir con sus patrióticos acentos las fibras del sentimiento nacional en las Cortes. Allí se dará el tajo mortal á toda influencia laborantesca.

Y así, cortando la fatal zizania
Que en darnos que sentir no pierde ripio
Tendrá fin en España
Lo que nunca debió tener principio.

ACERTIJO.

Hoy en tres seguidillas
Va el acertijo;
Pac y tercio, en primera
Muy claro digo.
Y prima y tercio
La otra tiene, y la postre
Mi toda encierra.
Mas que un hombre, en la forma
Parece mono,
En los hechos un mántrica,
Y bestia, y tanto.
Es un chilala
Mas dengoso y cobarde
Que cualquier duma.
Es el alma que tiene
Cual la pez negra.
Y su sangre é instintos
Propios de liern.
De mambí tipo
En traidor y cobarde
Y en lo horrico.
Os diré por mas señas
Que es flaco y largo.
Al damasco y las sedas
Aficionado.
Y que en libreas
Derrochaba y en bailes
Muchas pesetas.

FRANCISCO DE P. ROCA.

IMPRESA «EL DIOS» QUINTO 20.